

Gala Dalí

La vida secreta

Diario inédito

Traducción del francés de Ignacio Vidal-Folch



FUNDACIÓ
GALA-SALVADOR DALÍ

Galaxia Gutenberg

La vida secreta

ILUSTRACIONES
Pliego I: páginas interiores del cuaderno original. Página 6: Gala y sus hermanos: Lidia, Vadim y Nikolai, *c.* 1904. Página 10: Gala. Página 86: Man Ray, Gala *La Femme visible*, 1927– Man Ray Trust, VEGAP, Barcelona, 2011.
Pliego II: postales enviadas por Gala desde Sicilia a Salvador Dalí.
Página 7 del pliego II: Gala y Salvador Dalí en casa de Caresse Crosby en Hampton Manor, Virginia, 1941. Página 8 del pliego II: Gala y Salvador Dalí.
Guarda trasera: Composición *Effet de sept nègres, un piano noir et deux cochons noirs sur la neige*

EDITA
Fundació Gala-Salvador Dalí / Galaxia Gutenberg, S.L.
Documentación: Centre d'Estudis Dalinians, Fundació Gala-Salvador Dalí
Título original: *La vida secreta*
Traducción del francés: Ignacio Vidal-Folch

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S. L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
galaxia@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición en Galaxia Gutenberg: marzo de 2011
Primera edición en este formato: noviembre de 2024

© *Gala, la mujer visible*, Montse Aguer
© *La vida secreta de Gala Dalí*, Estrella de Diego
© Acerca de esta traducción, Ignacio Vidal-Folch
De los textos de Gala Dalí © Fundación Gala-Salvador Dalí, Figueras, 2011
Derechos de imagen de Salvador Dalí reservados,
Fundació Gala-Salvador Dalí, 2011
© de la traducción: Ignacio Vidal-Folch
© Galaxia Gutenberg, S. L., 2011

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 9960-2024
ISBN: 978-84-10317-63-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Gala Dalí

La vida secreta

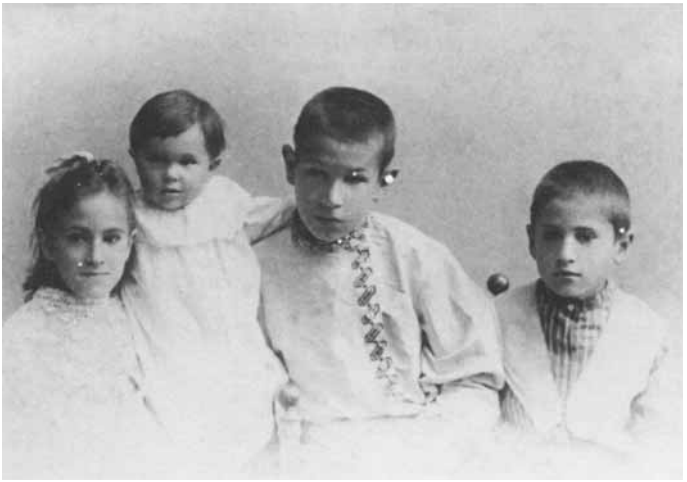
Diario inédito

Traducción y epílogo
Ignacio Vidal-Folch

Prólogo
Estrella de Diego

Presentación
Montse Aguer

Galaxia Gutenberg



I

Yo tenía siete años. Mi hermano mayor, once; y el pequeño, cinco. Vivíamos en Moscú, en un barrio apartado, en las afueras de la ciudad, cerca de un parque zoológico. El piso de mi familia era bastante pequeño, me parece; sobre todo recuerdo el comedor, con dos ventanas que daban a un patio en el que crecían algunos árboles y rodeado de algunas cabañas o barracones que servían para guardar herramientas de todas clases. De aquella casa y aquella época recuerdo un gran acontecimiento familiar que influyó mucho en mi formación. Desde hacía algún tiempo yo venía oyendo en la cocina palabras apresuradas, frases, fragmentos de conversaciones precipitadas, inquietantes, angustiosas, incomprensibles y amenazantes. Se hablaba de mi madre, de los dolores que padecía, de que estaba en peligro, se mencionaba la sangre. Aquel día nos llevaron a los tres hermanos al piso de la propietaria, que era amiga de mis padres. A la hora de dormir nos acostamos en colchones que se instala-

ron rápidamente en el suelo, en una habitación cerca de una pequeña entrada. Recuerdo perfectamente que me pasé la mayor parte de aquella noche escuchando unos gritos horribles –y ahora estoy segura de que es un falso recuerdo, porque estábamos demasiado lejos para oír nada.

A la mañana siguiente nos llevaron ante nuestra madre convaleciente. Estaba acostada en un lecho grande, muy blanco. Mi padre, señalando una caja grande que se veía encima de un armario, dijo: «Tenemos una muñeca viva preciosa para ti, G, te la hemos comprado». Fingí mirar en la dirección correcta siguiendo con la mirada el dedo de mi padre, pero en el fondo de mí misma sabía que el bebé venía de mi madre, que ésta había padecido dolores terribles, que la noche precedente había sucedido algo pavoroso. En aquel momento trajeron a mi hermana: un pedazo de carne roja congestionada, abotargada, aullante. Verla me producía una gran repugnancia. Me acerqué al lecho de mi madre, la abracé con toda mi ternura y con toda mi compasión y fingí que estaba muy agradecida por el regalo. Aquella fue la primera vez que oculté conscientemente lo que sabía. Y también la primera vez que al sorprender el evidente engaño de mis padres, experimenté una gran sorpresa, y tanto malestar y tanta vergüenza.

Al cabo de un rato nos invitaron a asistir al aseo de nuestra nueva hermana. Pedí permiso

para sostenerla en mis brazos y en un primer momento me lo concedieron, pero luego me lo negaron, lo que me hizo llorar amargamente. De manera que aquel día, uno de los más importantes de mi infancia, terminó en llanto.

El 25 de marzo se celebraba en nuestra familia una fiesta doble: era el aniversario de mi madre y también el día en que se ponía en libertad a los pájaros, siguiendo una antiquísima tradición rusa. Todos los años, en la gran plaza que ahora se llama Plaza Roja se organizaba junto a la iglesia de San Basilio una gran feria. De todos los pueblos de los alrededores de Moscú llegaban los comerciantes de pájaros, de peces, de juguetes baratos, y flotaban los globos, los diablillos de cristales de colores subían y bajaban rápidamente en tubos llenos de agua coloreada, ratitas mecánicas huían aterrorizadas, giraban sobre sus ejes las tentadoras nubes de azúcar de todos los colores, recuerdo haber visto unas culebras erguidas sobre sí mismas y unas ranas con coronas de oro. Se exponían a nuestra mirada toda clase de objetos de artesanía campesina, de tela, de cuerda trenzada, de hierro forjado, de madera tallada, pintada o barnizada, de papeles de colores, de paja, de mimbre. Comerciantes y mendigos de todas clases echaban mano de infinidad de trucos para incrementar sus miserables beneficios; por ejemplo, le rompían las alas a los pájaros que vendían para que cuando la gente que los compraba los volvie-

se a poner en libertad pudiesen recuperarlos en seguida, y así venderlos otra vez. En aquella fiesta que se celebraba con el primer aliento de la primavera, en aquella fiesta para los niños y los jóvenes, lo que más me llamaba la atención era el fenómeno violento, ruidoso, de los jóvenes excitados, con los ojos brillantes, con las mejillas encarnadas, con perlitas de sudor sobre los labios hinchados o sobre las arrugas de las narices a menudo gruesas, que sostenían en la mano una vara de «verba» o una especie de látigo que allí mismo les vendían. Y, como peces en un banco apretado, estos muchachos se deslizaban en la multitud y golpeaban a las chicas, a las muchachas con las que se cruzaban, gritando salvajemente: «verba, golpea hasta que lloren». Más de una vez –en realidad, bastante a menudo– la mano entusiasta y exaltada perdía el control y había que moderarla o castigarla mediante la intervención de la autoridad, tan respetada y temida de la policía. Aunque nosotras fuésemos a la feria acompañadas por adultos, igualmente solíamos volver a casa llenas de rasguños, de pequeñas heridas. Y aquella fiesta-orgía duraba tres días. Mientras que en fiestas semejantes de la elegante Costa Azul, o de la dulce Italia, desfilaban coches tambaleándose bajo el peso de masas de flores, en los que los Pierrots y las Pierrettes y las mujeres-rosas se balanceaban alegremente.

Luego ocupamos otro piso, éste en el centro de la ciudad, entre la plaza Arbat y la plaza Smolens-

ka, que daba sobre el bulevar. Era un bloque de casas de cuatro y cinco pisos, todas de la misma arquitectura sencilla, cuadrada, con numerosos patios interiores.

Creo que el nuestro estaba en el tercer piso. En la casa no había ascensor, y los porteros, una pareja con dos o tres hijos, vivían en una especie de pequeño reducto negro que estaba bajo la escalera. Cada dos o tres días alguno de los inquilinos del piso de abajo venía en persona o enviaba a una criada para protestar por el ruido insoportable que mis dos hermanos y yo hacíamos jugando al transatlántico que zarpaba hacia América, porque a mi hermano mayor le apasionaban los pieles rojas, por los que sentía una ciega admiración. Solíamos poner patas arriba, con mucho esfuerzo, una inmensa mesa de trabajo que mi padre hizo hacer maciza, muy pesada, adrede para evitar estos juegos peligrosos y sobre todo tan fastidiosos, insoportables. Una vez volcada metíamos en el vientre vacío de la mesa las sillas, los colchones, los juguetes, los bastones, los paraguas, los cestos, y con todos estos materiales construíamos los motores, las velas, los camarotes y los pasajeros del transatlántico.

Nosotros éramos marineros, y Vadka, mi hermano mayor, era el capitán, y además venían algunos amigos del instituto para jugar con nosotros, de manera que entre todos armábamos un jaleo infernal. Por cierto que aquella pasión deli-

rante que mi hermano mayor sentía por los indios le costó muy cara. Desde el amanecer hasta la hora de almorzar y durante la mayor parte de la tarde desaparecía en los bosquecillos de los alrededores, con otros chicos; a las niñas no se nos aceptaba en aquellas expediciones, aquellas exploraciones, aquellas guerras. Un día, durante las vacaciones de verano, lo trajeron a casa medio muerto, cubierto de golpes, de morados, bañado en sangre. El shock le provocó su primera crisis de asma, enfermedad que luego iba a padecer durante toda su vida. Mis padres nunca lograron sonsacarle qué le había pasado. Yo sí que me enteré, pero mucho más adelante: un día, queriendo provocar mi admiración, mi hermano y su mejor amigo me contaron que todos los chicos formaban diversas tribus de indios que estaban constantemente en pie de guerra, y que cuando el jefe de alguna tribu caía prisionero de la tribu enemiga se le torturaba de la siguiente forma: le metían en un saco de patatas bien atado para que el niño no pudiese escapar y los guerreros enemigos, pertrechados con palos, golpeaban al pobre jefe hasta que se cansaban. Como mi hermano era el niño más estoico que yo haya conocido jamás (y de adulto siguió siendo así), no lanzó ni un grito, ni una protesta, ni se debatía, lo que excitaba la brutalidad de los niños y avivaba su profunda y oculta crueldad. Vadka estaba dotado de una voluntad imperiosa, de valor y perseverancia, era capaz

de esforzarse, desplegaba una energía verdaderamente extraordinaria y había nacido con mentalidad de jefe, pero todas estas cualidades y virtudes eran sólo espirituales, porque su salud física no sólo era muy frágil sino que además la negligía, la despreciaba, no se preocupaba de fortalecerla.

Terminó el instituto ordenando a mis padres que le llevasen del lecho de enfermo a la escuela: no había podido recuperarse a tiempo de una crisis de asma y bronquitis que le retuvo en cama durante todo el periodo de preparación de los exámenes de reválida. Superó todos los exámenes brillantemente y terminó el bachillerato con matrícula de honor; luego ingresó en la universidad para cursar estudios de Filología, mientras paralelamente escribía y publicaba ensayos de crítica literaria y, en fin, concluyó los estudios tan brillantemente que en seguida le ofrecieron una plaza de docente, batiendo el récord de ser el profesor más joven que jamás tuvo la universidad de Moscú. Los últimos exámenes de licenciatura y la tesis los preparó al principio de la revolución, mientras a lo largo y ancho de Moscú sonaban las descargas de fusilería y los cañonazos. Durante aquellas jornadas los inquilinos de nuestro edificio bajaban a los sótanos y sólo salían a la caída de la noche y por turnos, sólo una persona cada vez, para avituallarse, recabar las últimas noticias y hacer gestiones para todos. Mi hermana era en-

tonces una niña pequeña, pero muy decidida y valiente, y pese a su corta edad también participaba en estas expediciones: no cabe duda de que en momentos semejantes, las diferencias tienden a borrarse, incluso las de la edad.

Los pisos superiores de nuestra casa estuvieron expuestos a las interminables descargas de fusilería y a los bombardeos, sólo mi hermano permanecía en su buhardilla del séptimo y último piso, con las paredes cubiertas de anaqueles de libros, donde pasaba las horas trabajando sin descanso, escribiendo, preparando su tesis doctoral. Sólo bajaba al sótano para comer un bocado y de inmediato volvía a subir a aquella celda monacal, tan solitaria, tan expuesta al peligro y tan extrañamente elegida para el intenso trabajo intelectual que le absorbía.

Un mediodía mis hermanos y yo organizamos en aquel piso de la calle de Arbat una conferencia escrita por Vadka a propósito del descubrimiento de la fuerza magnética. El contenido era ingenuo, copiado de un diccionario enciclopédico, pero fue acogido favorablemente y al principio la sala, bastante llena, mostró muy buena disposición –eran amigos de nuestros padres y sus invitados a los que habíamos tenido la audacia y la impertinencia de invitar (vivían en la misma casa) haciéndoles pagar sus entradas–. Después de la conferencia, que fue muy corta, mi hermano pequeño, Kolka, anunció que por un suplemento mínimo el

público podría también disfrutar de unas proyecciones de linterna mágica. Esta «oferta» produjo un malestar evidente, y el público, muy sorprendido y enfadado, vació rápidamente la sala. Nosotros, un poco avergonzados y muy desanimados, hicimos las proyecciones ante las hileras de sillas vacías. Un monstruito jorobado se transformaba en un champiñón, el barco con todas las velas desplegadas que se llamaba El Holandés Volante bogaba en el mar agitado, azul-negro, y unos piratas se preparaban para atacar un barco mercante. Un patito feo se convertía en hijo del rey de los cisnes blancos…

Aquella noche, cuando mi padre se enteró de esta aventura «deshonrosa» nos exigió a los tres que aquel dinero tan vergonzosamente obtenido lo devolviéramos de inmediato, bien a los pobres, bien al mismo público que nos lo había dado. Nosotros preferimos el primer sistema de expiar nuestro delito y recuerdo que mi hermano mayor todavía pudo comprar algunos libros y aumentar su biblioteca, que era su pasión, su orgullo y objetivo fundamental de todos sus esfuerzos. En cuanto a mí, creo que le di mi dinero al portero que había acusado a mi hermano de sustraerle no sé qué. Y mi hermano pequeño perdió sus monedas jugando a las cartas, a unas cartas pequeñitas que se vendían atadas a las tabletas de chocolate barato y que cuando mi madre nos sorprendía con ellas las destruía, llena de repugnancia y disgusto.

Era el apartamento donde celebramos unas cuantas orgías nutritivas increíbles, en determinadas ocasiones en que encontramos algunas golosinas. Una mañana mis dos hermanos y yo (mi hermana aún era un bebé) encontramos un frasco enorme de confitura de cerezas de al menos diez libras que la camarera se había dejado olvidado sobre la mesa del comedor. Lo vaciamos a toda velocidad, ávidos, voraces, y acabamos empachados, pesados como las langostas que acaban de devorar un campo de trigo. En otra ocasión, mi madre, estando de viaje, nos envió de Crimea una caja bastante grande de lukum, unos dulces con sabor a frutas, gomosos, elásticos, perfumados y muy saciantes. Aquella caja también la vaciamos de una sentada sin dejar ni rastro siquiera del azúcar en polvo. Más adelante pude comprobar que en Europa los niños no tienen semejante pulsión devoradora, allí los niños no tienen ese hambre canina de golosinas, de la misma forma que no tienen la sed de las poblaciones del desierto. Durante generaciones y generaciones les han dado asiduamente bombones, pasteles, tabletas de chocolate y frutas de todas clases, mientras que en Rusia muchos niños nunca han comido ni visto una naranja, un pedazo de chocolate, niños que como máximo han tenido –y sólo alguna que otra vez, excepcionalmente– una pizca de azúcar, que sólo han tenido pan y agua, y no cada día.